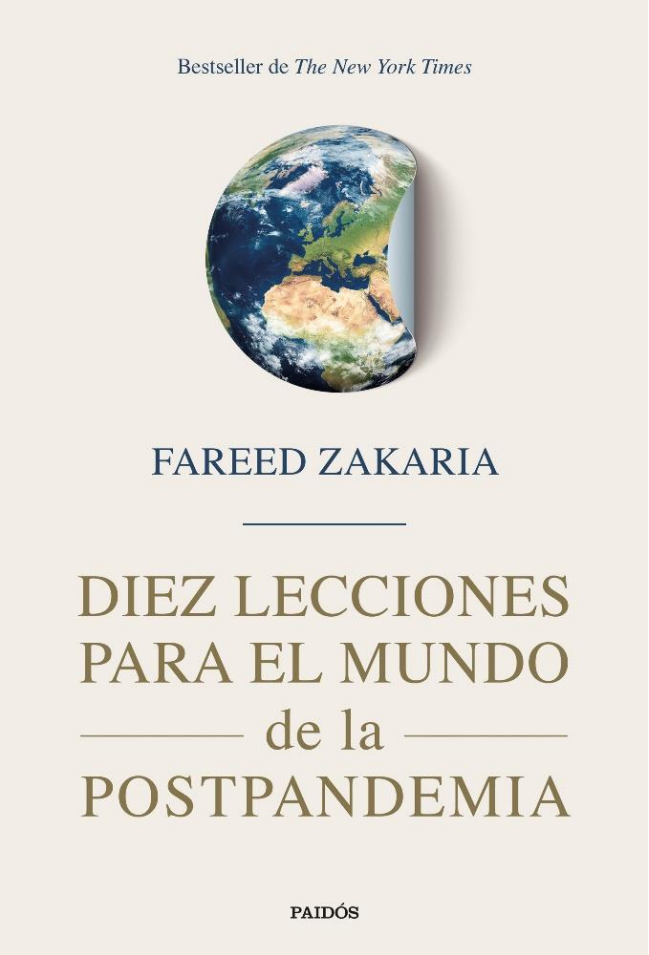
PAIDÓS

Fecha de publicación: 03/03/2021

DIEZ LECCIONES PARA EL MUNDO DE LA POSTPANDEMIA

FAREED ZAKARIA



Hoy la pandemia de la COVID-19 ha reducido nuestros horizontes, y nuestros movimientos están restringidos. A medida que los gobiernos hacen intentos contradictorios por controlar su reputación y el virus, se hace más evidente una sensación de desunión global.

Sin embargo, **Fareed Zakaria** sostiene que el legado de esta pandemia será la conectividad. La carrera por el 5G, la economía global digital y la pérdida de hegemonía de Estados Unidos son grandes transformaciones que se han acelerado por el coronavirus y que cambiarán drásticamente nuestras comunidades e instituciones, nuestros valores y prioridades personales.

En ***Diez lecciones para el mundo de la postpandemia***, Zakaria ofrece argumentos para comprender la naturaleza del mundo tras la pandemia, así como las consecuencias políticas, sociales, tecnológicas y económicas, que pueden tardar años en manifestarse. Combinando el análisis histórico con reflexiones personales sobre la vida social y la soledad, el autor trata de comprender cómo hemos llegado hasta aquí y expone el retrato de un posible futuro.

Bestseller de *The New York Times*

«Puede que la desigualdad esté siempre entre nosotros, al parecer, formando equipo con la muerte y los impuestos como únicas cosas seguras e inevitables en este mundo, pero lo cierto es que, en los últimos años, hemos empezado a ser muy conscientes de la elevada perniciosidad del fenómeno».

p. 155

FAREED ZAKARIA

Es el presentador de *Fareed Zakaria's GPS*, el programa estrella estadounidense sobre política internacional de la CNN. Doctorado en Gobernanza Política por la Universidad de Harvard, Zakaria es también editor colaborador de *The Atlantic* y escribe una columna semanal para *The Washington Post*.

SUMARIO

Introducción: El efecto murciélago
Lección 1: Abróchense los cinturones
Lección 2: No importa cuánto Estado, sino su calidad
Lección 3: Los mercados no bastan
Lección 4: La gente debería escuchar a los expertos... y los expertos deberían escuchar a la gente
Lección 5: La vida es digital
Lección 6: Aristóteles tenía razón: somos animales sociales
Lección 7: La desigualdad irá a peor
Lección 8: La globalización no ha muerto
Lección 9: El mundo se está bipolarizando
Lección 10: A veces, los idealistas son los mayores realistas
Conclusión: Nada está escrito

Agradecimientos
Créditos
Notas

EXTRACTOS DEL LIBRO

INTRODUCCIÓN: EL EFECTO MURCIÉLAGO

«En épocas anteriores, las epidemias se consideraban fenómenos ajenos a la acción o la responsabilidad humanas. La palabra *influenza*, por ejemplo, se remonta a la atribución que se hacía popularmente en Italia del origen de los resfriados y las fiebres a la "influencia" de los astros. Con el tiempo, sin embargo, las percepciones fueron cambiando y los seres humanos se centraron más en los rasgos observables del problema y ese fue un paso muy importante para poder ver entonces qué hacer al respecto. Los franceses empezaron a llamar *grippe* ("agarrotamiento") a la *influenza*, probablemente en alusión a la tirantez que se siente en la garganta y en el pecho cuando se padece. Desde 1990, han sido ya varios los agarrotamientos súbitos y masivos que han "gripado" el mundo (más o menos uno cada diez años) y han dado lugar a sus correspondientes efectos cascada. Tendremos más. No suceden porque hayan sido planeados conscientemente, pero tampoco son del todo fortuitos. Parecen ser, más bien, un elemento inherente al sistema internacional que hemos construido. Tenemos que comprender bien ese sistema —o, lo que es lo mismo, comprender bien el mundo en que vivimos— para tener una adecuada visión del mundo postpandémico que está surgiendo en estos momentos».

p. 23

LECCIÓN 1: ABRÓCHENSE LOS CINTURONES

«[L]a necesidad más urgente de todas es la de que los países cuenten con unos sistemas fuertes de sanidad pública y que esos sistemas se comuniquen y cooperen entre sí y aprendan unos de otros. No se puede derrotar una enfermedad global solo con respuestas locales.

Los seres humanos hemos venido desarrollando nuestras sociedades a un ritmo extraordinario y expandiéndonos en todos los terrenos a una velocidad sin precedentes. Es como si hubiéramos construido el coche de carreras más rápido jamás imaginado y ahora estuviéramos conduciéndolo por territorio desconocido y sin cartografiar, y ni siquiera nos hubiéramos molestado en equipar el vehículo con sus airbags correspondientes. Ni en contratar un seguro. Ni en abrocharnos el cinturón de seguridad. La temperatura del motor se dispara. Los componentes se sobrecalientan y, a veces, se incendian. Hemos sufrido ya algunas colisiones, cada una peor que la anterior. ¿Y qué hacemos? Pues apagamos las llamas, afinamos la suspensión, reparamos la carrocería y nos proponemos hacerlo mejor a partir de entonces. Pero seguimos corriendo y, en nada, vamos yendo cada vez más rápido, adentrándonos en un terreno más novedoso aún y más agreste. La cosa se vuelve muy arriesgada ahí fuera. Va siendo hora de que instalemos los dichosos airbags y contratemos un seguro. Y, sobre todo, va siendo hora de que nos abrochemos el cinturón».

p. 39

LECCIÓN 3: LOS MERCADOS NO BASTAN

«Es fácil entender por qué las personas están inquietas y nerviosas en estos momentos. El mundo abierto, con sus veloces mercados y su cambio tecnológico, asusta. Una forma de reaccionar a ello es cerrándose. Populistas como Donald Trump quieren que los inmigrantes no entren, que el flujo de bienes y servicios se restrinja y que la cultura de su nación se conserve intemporal, como atrapada en ámbar. Aspiran a recuperar situaciones del pasado, el cual, por lo general, se describe como una idealizada época de grandeza, cuando la realidad es que jamás existió tal edén y que los periodos que las personas evocan con nostalgia fueron mucho más difíciles de hecho de lo que se recuerda. Pensemos en cómo era la vida en la década de los cincuenta para una mujer, un miembro de una minoría o un gay. (Y la vida tampoco era ningún jardín de rosas para los hombres blancos que trabajaban en las fundiciones de acero o en las minas de carbón.) El camino para que Estados Unidos —o cualquier otro país— sea grande de nuevo se sigue yendo hacia delante, no hacia atrás.

No podemos cerrar el mundo. No podemos —ni debemos— impedir que las potencias emergentes crezcan, ni que se produzca el progreso tecnológico. La única opción que nos queda es orientarnos entre los tiempos y las tendencias que nos toque vivir en cada momento, y hacerlo mal o bien. En el futuro, nos enfrentaremos a fuertes temporales económicos. Nuevas tendencias —miedo a las pandemias, proteccionismo— complicarán más aún los cambios estructurales profundos que ya se están produciendo, como el descenso demográfico y el "estancamiento secular"; lo más probable es que el crecimiento (en el mundo desarrollado, al menos) siga siendo lento en el futuro más o menos inmediato. Aun así, siempre hay formas de estimular el dinamismo y también de hacer extensivas las oportunidades a más personas.

Las regulaciones, si están bien diseñadas, pueden garantizar que la competencia sea libre y equitativa. Las políticas fiscales pueden modularse de tal modo que ayuden más a los trabajadores y menos al capital. El Estado debe volver a realizar grandes inversiones en ciencia y tecnología. La educación y el reciclaje profesional también precisan de mayor financiación, la cual debería ir acompañada de una reorganización de esos programas públicos para que minimicen su burocracia y se enfoquen más directamente en su objetivo principal: proporcionar la mejor enseñanza. El reto está en hacer posible que los ciudadanos afronten *armados* el entorno de competencia global y dinamismo tecnológico; armados, claro está, con las herramientas, la formación y las redes de protección social que les permitan progresar. Permaneciendo abiertos al mundo y, al mismo tiempo, "armando" a su población, los países del norte de Europa (Dinamarca entre ellos) han hallado una vía de avance que es dinámica, democrática, segura y justa. Comprendieron que los mercados tenían un poder extraordinario, pero que no eran suficientes: precisaban de apoyos, amortiguadores y complementos. Todos deberíamos adaptar sus buenas prácticas a nuestra propia realidad nacional. Realmente, no hay más alternativa».

pp. 83-84

LECCIÓN 5: LA VIDA ES DIGITAL

«En 2018, ya se podía afirmar por fin que la mayoría del mundo estaba conectado. La COVID-19 se presentó en ese escenario e hizo añicos el único obstáculo que quedaba para la llegada de un futuro digital: las actitudes humanas. A muchas personas les estaba costando abandonar sus costumbres de toda la vida. Algunas todavía eran reacias a enviar la información de su tarjeta de crédito por internet. A otras ni se les pasaba por la cabeza seguir una clase o un curso en línea. La mayoría no habrían aceptado "visitarse" con su médico por videollamada. La pandemia y los confinamientos que siguieron forzaron cambios en la conducta y no solo la de las personas, sino también la de los negocios y empresas. Nadie en los estudios de Hollywood habría soñado jamás que estrenarían una película de gran presupuesto a través de una plataforma de *streaming*. Los restaurantes con estrellas Michelin pensaban que su categoría estaba muy por encima de la de los que preparaban y vendían comida para llevar. Los gimnasios no querían dedicarse al negocio de grabar vídeos para YouTube. Sin embargo, todos esos son tabús que se han roto, barreras que se han cruzado, y lo que hoy existe es una nueva normalidad. No es probable que regresemos ya nunca más del todo a lo que eran las cosas en el pasado. La pandemia funcionó como una prueba de producto en masa de lo que sería la vida digital y, en general, nuestras herramientas tecnológicas la superaron.

[…]

En ciertos aspectos, este futuro nos retrotrae al pasado. La oficina moderna según la hemos conocido hasta ahora es la aplicación directa del modelo de una fábrica de principios del siglo XX. Todo el mundo llega y se marcha a la misma hora, de lunes a viernes. La gente trabaja en grandes zonas centrales y, a menudo, comen incluso en comedores comunitarios. Eso tenía sentido en un sistema de producción industrial, porque todas las manos tenían que estar disponibles para hacer lo que les correspondiera en la cadena de montaje. Sin embargo, en una economía moderna y orientada a los servicios —que es la que la mayoría de los países desarrollados tienen hoy en día—, las personas trabajamos de un modo muy diferente. La colaboración implica un trabajo en equipo de carácter intelectual, no físico, que puede llevarse a cabo por medio de correos electrónicos, grupos de conversación y videoconferencias. Es posible que, en el nuevo modelo de trabajo que se imponga a partir de ahora, la gente realice buena parte de su trabajo cotidiano a distancia y acuda a la oficina únicamente para las reuniones, las presentaciones y las sesiones de tormenta de ideas. Las reuniones de grupo rutinarias tal vez pasen a ser virtuales, aunque aquellos congresos que tengan como propósito crear o fortalecer redes, proporcionar algún tipo de estimulación intelectual o simplemente ofrecer entretenimiento tal vez continúen produciéndose en persona. Lo más probable, pues, es que se establezcan nuevos modelos híbridos. Lejos de devaluar los lazos personales o las interacciones imprevisibles, esta nueva disposición los haría más valiosos porque serían menos frecuentes».

pp. 112-114

LECCIÓN 8: LA GLOBALIZACIÓN NO HA MUERTO

«En la actualidad, las preocupaciones paralelas suscitadas por la enfermedad y por la globalización han confluido enseguida en la conclusión de que la pandemia destejerá las costuras de este mundo interconectado nuestro; es decir, en la idea de que, según la negra predicción de un columnista, la COVID-19 pondrá "la puntilla a la globalización". Pero ¿de verdad lo hará? Hace décadas que la gente protesta contra la globalización y que se escuchan augurios de su próxima caída. Se han escrito cientos de libros críticos con ella. Muchos movimientos políticos han fundamentado buena parte de su atractivo en la idea de darle la vuelta a esta tendencia (presuntamente) tan terrible. Pero ¿alguien lo ha conseguido? ¿Es siquiera *posible* conseguirlo? Ya en las semanas iniciales de la pandemia, Zachary Karabell llegó a la conclusión de que, cuando examinemos los datos más a fondo, "probablemente hallaremos en ellos una nueva confirmación de lo que ya sabíamos sobre la globalización: que es fácil odiarla y muy oportunista usarla como diana de nuestras críticas, pero imposible detenerla".

El actual argumento antiglobalización es que estamos todos demasiado entrelazados, que nuestras vidas y nuestras economías están tan interconectadas que hemos perdido el control de nuestro propio destino. Uno de los elementos en los que se ha enfocado esta preocupación es en lo vulnerables que nos vuelven las cadenas de suministro globales a situaciones de escasez crítica de material médico en el caso de una

emergencia como la de la COVID-19. De hecho, ahora parece extenderse como un dogma la idea de que algunas cosas deben fabricarse a nivel local».

pp. 176-177

LECCIÓN 10: A VECES, LOS IDEALISTAS SON LOS MAYORES REALISTAS

«La COVID-19 es un fenómeno global que, paradójicamente, ha hecho que muchas naciones de todo el planeta se hayan encerrado un poco más en sí mismas. El dolor y el sufrimiento, las dificultades económicas y las disrupciones han llevado a dirigentes de diversos países a renunciar a los ideales de la cooperación internacional y a resguardarse, cerrar fronteras y elaborar sus propios planes de resiliencia y recuperación económicos y sociales. Hasta abril de 2020, la estrategia de Donald Trump a propósito de la pandemia había consistido en poco más que una involución hacia el nacionalismo estadounidense más básico, una posición desde la que el presidente culpaba a China de propagar la enfermedad y atacaba a la Organización Mundial de la Salud acusándola de cómplice de Pekín. China, a su vez, hablaba de puertas para fuera de cooperación global, al tiempo que adoptaba rápidamente el llamado "nacionalismo de las vacunas". Según un editorial del altavoz internacional del Partido Comunista, el *Global Times* (famoso por su línea dura), "es imposible que China pueda confiar en Europa o en Estados Unidos para el desarrollo de una vacuna. China tiene que actuar por su cuenta y riesgo en este crucial terreno". Los dirigentes de India llegaron a la misma conclusión que los de Pekín sobre el problema central del momento. Nueva Delhi restringió las exportaciones de suministros médicos clave e invirtió más de mil millones de dólares para reducir su dependencia de China en materia de ingredientes farmacéuticos. Se preparó para desarrollar fármacos y fabricar suministros cruciales por sí misma. En todas partes, incluso en Europa, el interés propio y la autosuficiencia parecían haberse convertido en las nuevas consignas de moda.

Desde una perspectiva histórica, se hace extraño ver cómo esta crisis está estrechando tanto las miras de los dirigentes y acentuando su vena nacionalista. El dolor causado por la pandemia es muy real y profundo, pero no tiene ni punto de comparación con el que se sufrió durante el periodo comprendido entre 1914 y 1945: una gran guerra que desgarró Europa, una pandemia mucho más mortífera que la COVID, una depresión global, el ascenso del totalitarismo, y luego otra guerra mundial más que volvió a destruir Europa y que redujo a escombros ciudades enteras en Japón por la acción del armamento nuclear; en total, más de ciento cincuenta millones de muertos. Y, aun así, tras tan infernales crisis, los líderes apostaron por una mayor cooperación internacional. Habiendo sido testigos de los costes del nacionalismo desbocado y del interés propio egoísta, los militares y estadistas que sobrevivieron a todo aquello pensaban que tenían el deber de crear un mundo que no volviera a caer en el pozo de una competición nihilista.

Nosotros hemos disfrutado de los frutos de su esfuerzo de aquel entonces: setenta y cinco años de relativa paz. Sin embargo, esta paz ha traído como consecuencia que nos volvamos más cínicos, que despreciemos el idealismo que nos llevó a donde estamos. Ahora está de moda arremeter contra el "globalismo" sin apenas reflexionar sobre los costes de la alternativa a este.

[…]

«Por encima de todo, un sistema multilateral funcional aporta la oportunidad de resolver problemas comunes. La pandemia ilustra a la perfección los riesgos y las oportunidades de un mundo interconectado. La crisis, por su propia naturaleza, es global y afecta a todos los países, ricos y pobres. Ninguno está seguro a menos que todos tengan un mínimo de seguridad. También la solución de los problemas medioambientales exige una acción colectiva. El ciberespacio es un ámbito que no conoce fronteras. Y el cambio climático es, desde luego, el ejemplo más llamativo de desafío global porque podría poner en peligro la supervivencia misma de la raza humana y no puede resolverse sin una cooperación sostenida de todos, pero, en especial, de los mayores contaminadores: Estados Unidos y China».

pp. 217- 235

Para más información:

Paloma Cordón
934 928 633 - 699629430
pcordon@planeta.es

Guillem Duran
934 928 442
especializadas@colaborador.planeta.es